

# OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

---

## XXIV MEMORIAS

ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO

---

MEMORIA A LA FACULTAD

---

TRES CARTAS Y DOS SONETOS

---

BERKELEYANA

---

CUANDO CREÍ MORIR

---

HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

---

PARENTALIA

---

ALBORES

---

PÁGINAS ADICIONALES

*letras mexicanas*

---

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

*letras mexicanas*

---

OUROS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XXIV

OBRAS COMPLETAS DE  
ALFONSO REYES

XXIV

Primera edición, 1990

D. R. © 1990, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.  
Av. de la Universidad 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (Obra completa)

ISBN 968-16-3398-9 (Tomo XXIV)

Impreso en México

# ALFONSO REYES

---

## MEMORIAS

---

*Oración del 9 de febrero*

---

*Memoria a la facultad*

---

*Tres cartas y dos sonetos*

---

*Berkeleyana*

---

*Cuando creí morir*

---

*Historia documental de mis libros*

---

*Parentalia*

---

*Albores*

---

*Páginas adicionales*

---

*letras mexicanas*

---

---

## INTRODUCCIÓN

### *El conjunto de las memorias*

DESDE que llegó a la mitad de su vida, en 1924, Alfonso Reyes sintió la necesidad de comenzar a acumular materiales para las que deberían ser sus memorias. Inició entonces su *Diario*, que él llamaba de trabajo, y que continuó con raras interrupciones hasta sus últimos días de vida.\*

Además de este registro cotidiano de su vida y sus trabajos, Reyes persistió en la idea de relatar sistemáticamente sus memorias. Sin embargo, sus escritos de esta índole se dedicaron durante muchos años a temas especiales; a desahogarse del gran dolor que le causó la muerte de su padre (*Oración del 9 de febrero*), a analizar su propio temperamento, enfermedades y achaques (*Memoria a la Facultad*), a referir incidentes picarescos (*Tres cartas y dos sonetos*), a narrar una hazaña deportiva automovilística (*Berkeleyana*) y a contar las experiencias que tuvo con sus padecimientos cardiacos y las reflexiones que le provocaron (*Cuando creí morir*). Y sólo en sus últimos años inició por dos cabos el relato ordenado de sus recuerdos. En el primero, comenzó a relatar la historia de sus libros, en la trama de su evolución intelectual, de su vida literaria en México y en Madrid y de sus peripecias personales, en que sólo llegó hasta 1925 (*Historia documental de mis libros*); y en el último, el relato general de su vida, de la que sólo alcanzó a contarnos los orígenes de su familia y las proezas de su abuelo paterno y de su padre (*Parentalia*), y la vida en Monterrey, cuando Alfonso Reyes era niño y el general Bernardo Reyes jefe militar y luego gobernador del estado (*Albores*).

Los escritos de memorias que tenemos de Alfonso Reyes son, pues, aspectos y fragmentos de su vida, pero, como suyos, tienen vivacidad y encanto. Reyes sabía ver el mundo exterior, apresar paisajes, ambientes y situaciones; recrear personajes que vuelven a ser vivien-

\* El *Diario*, 1924-1959, de Alfonso Reyes, es una obra muy extensa, ya que se encuentra manuscrita en quince cuadernos de cien a ciento cincuenta páginas cada uno. En el libro llamado *Diario, 1911-1930*, con prólogo de Alicia Reyes y nota del doctor Alfonso Reyes Mota (Universidad de Guanajuato, México, 1969), se han reunido dos textos sueltos, "Días aciagos" y "1912-1914" —que se reproducen en el presente volumen— y pasajes del *Diario* de 1924 a 1930. Se encuentra, pues, inédito en su mayor parte. Cuando se concluya su transcripción, ya iniciada, y sea posible considerarlo en conjunto se decidirá su edición.

tes gracias a dos o tres rasgos maestros, y sobre todo, comunicarnos el fervor que sintió por su padre, con un ardor que enciende y no ciega a su pluma. Y al mismo tiempo, Reyes tuvo siempre la obsesión de estudiarse a sí mismo, como Montaigne, no para alabarse sino porque este examen honesto y desapasionado resulta ser el campo más propicio para intentar el conocimiento del hombre y de sus pasiones.

La vida de Alfonso Reyes fue una hazaña de la voluntad y la imaginación, y estas memorias fragmentarias suyas nos permiten seguir su camino.

### *Oración del 9 de febrero: 1930*

La veneración por el recuerdo de su padre y el dolor por su trágica muerte fueron constantes en el corazón de Alfonso Reyes. En *Paren-talia* hará la crónica y exaltará los hechos guerreros del soldado, y en *Albores* fijará las imágenes de la infancia del futuro escritor, a la sombra famosa y providente del padre gobernante. Muchas otras presencias del padre aparecerán en los escritos de Reyes, entre ellas este conmovedor soneto:

#### 9 DE FEBRERO DE 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,  
desde qué pliegue de la luz nos mitas?  
¿Adónde estás, vatón de siete llagas,  
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Cain y de metralla:  
humean los cadáveres en pila.  
Los estribos y riendas olvidabas  
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,  
huésped mi soledad, gusto mi llanto.  
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te lleva, en mí te salva,  
y me hago adelantar como a empellones,  
en el afán de poseerte tanto.

Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1932.  
OC, X.

El dolor alcanzará una transfiguración memorable en la *Higiencia cruel*, de 1924.\*

\* Borges le dedicó este pasaje de su "In memoriam A. R.":

*Si la memoria te clavó su flecha  
Alguna vez, labró con el violento  
Metal del arma el numerosa y lento  
Alejandrino a la afligida endecha.*

La *Oración del 9 de febrero*, compuesta en Buenos Aires en 1930, "el día en que habría de cumplir sus ochenta años", y diecisiete años después de los acontecimientos de 1913, nunca será publicada por Alfonso Reyes. Se dará a conocer, póstuma, en México, 1963, por Ediciones Era, con reproducción del manuscrito en facsímil y prólogo de Gastón García Cantú. Acaso don Alfonso la guardaba como si fuera una invocación y un lamento privados. En ella no volverá a narrar la fama del soldado y gobernante y nunca quiso detenerse en las circunstancias de la muerte de su padre; su único tema es la persistencia del desgarramiento y los recursos que ha encontrado su autor para sobrellevar la pérdida y mantenerlo presente en su ánimo:

Discurrí —escribí— que estaba ausente mi Padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir respuestas. A consultarle todo.

Y más adelante, en una de esas inútiles rebeldías que solemos tener contra las que consideramos injusticias del destino, dice:

No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferis, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque pierdo al considerar la historia de mi Padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer...

En las páginas finales de la *Oración*, sin entrar en detalles, Reyes narra la "maraña de fatalidades" en que se vio envuelto el general Bernardo Reyes, los largos meses de prisión en Tlatelolco y su desmoronamiento interior hasta el momento del último llamado insensato "a la aventura, único sitio del Poeta". Y concluye:

Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Después de la *Oración del 9 de febrero* se recogen dos breves apuntes autobiográficos, "Días aciagos", que refieren la tensión familiar en los días previos a la tragedia, y "1912-1914" que narran lo que hizo Reyes posteriormente, su salida de México, su viaje a París, y con un salto de algo más de un año, sus primeras experiencias

en Madrid, que volverá a narrar en la *Historia documental de mis libros*.

### *Memoria a la Facultad: 1931*

Se llama "Memoria a la Facultad" el curioso texto escrito en Río, en 1931, y que Reyes no incluyó en sus colecciones, porque es un informe acerca de la índole biológica y psíquica del autor y acerca de los traumatismos, operaciones y enfermedades que ha padecido, y está destinado a informar de ellos a su "médico ideal". Escribir de tan peregrina materia un ensayo interesante es privilegio del estilo de Alfonso Reyes, de la llaneza y simpatía y de la penetración psicológica con que están referidas sus materias. Al describir su temperamento, Reyes explica también su "metabolismo literario":

Se figuran mis amigos —dice— que soy aprensivo. Yo creo que lo concluyen de que soy nervioso, y sobre todo, de que explico y expreso cuanto siento y cuanto me acontece. En esto, soy de una indiscreción heroica. Mi vida no me sabe a nada si no la cuento. Ahro los ojos por la mañana; lo primero que hago es contar mis sueños de la noche anterior; después, si me "gruñen las tripas", explico cómo y por qué me gruñen hoy de distinto modo que ayer. Y así, lo mismo que doy cuenta de mis lecturas y reflexiones diarias a cuantos me rodean, les doy cuenta también de las cosas de mi cuerpo y de mis reacciones más íntimas... Y me pasa lo que a los griegos: que desconfío de los que no lo cuentan todo, de los callados, de los silenciosos.

Con humor y precisión, refiere sus descalabraduras de muchacho, la operación para extirparle las adenoideas, la circuncisión —a manos del doctor Aureliano Urrutia—, un ataque de peritonitis y otro de tifoidea, una enfermedad venérea y sus recaídas, contadas con la misma naturalidad, y hasta una sarna. El relato se interrumpió aquí y quedaron en el tintero los males crónicos, "mucho más importantes".

Una "indiscreción heroica", ciertamente, y una curiosidad literaria.

### *Tres cartas y dos sonetos: 1932, 1933 y 1951*

En uno de los cuadernos de su *Archivo* (serie B, Astillas, núm. 2, México, 1954), Reyes reunió bajo este nombre cartas que escribió en 1932 y 1933 a amigos a los que llama "Filomena" y "Fabio", contándoles rarezas literarias y aventuras galantes, y los sonetos que cruzó con Enrique González Martínez en 1951. Se incluyen entre las memorias ya que cuentan episodios de la vida de Reyes.

El "Filomena" al que dirige la primera carta, de Río, el 30 de junio de 1932, es por el contexto un cubano al cual no logro identificar. A este corresponsal, desconocido o imaginario, le cuenta

Reyes, con pormenores de bien enterado, en qué consisten las faenas taurinas, para luego aplicar su técnica a las faenas amotosas, tan entendido en los recursos de que conviene echar mano como erudito en las referencias cultas con que las ilustra.

Las dos cartas a "Fabio", del 26 y 30 de junio de 1933, están dirigidas sin duda a Julio Torri, su viejo amigo de los días ateneístas, pues repite al principio de la primera la anécdota divulgada en otros textos de cómo conoció Reyes a Torri en la Escuela de Derecho. (Este par de cartas deben ser incorporadas por Serge I. Zaitzoff al epistolario de Reyes y Torri que ha reunido en: Julio Torri, *Diálogo de los libros*, FCE, México, 1980.)

Volviendo a la primera de estas cartas, está dedicada a contar con mucha sal muestras de la manía iheroamericana por los libros de J. M. Vargas Vila, aquel extraño fenómeno de semiliteratura erótica, que han disfrutado enorme éxito popular. Reyes le cuenta la afición de los cariocas por estos libros, de un revolucionario, de dos "frutitas de la tierra" y de un ministro, lectores fervientes del colombiano. Y le dice también que supo que Vargas Vila "se carteaba con algún prohombre de México", el cual parece haber sido Álvaro Obregón. Alguna vez oí decir que, cuando José Vasconcelos hacía los "clásicos verdes", el presidente Obregón le había pedido que incluyera entre ellos a Vargas Vila, y que se le hizo una edición especial, de un solo ejemplar a él destinado. Nada comprueba la leyenda. Para sazonar estas referencias al entusiasmo popular por Vargas Vila, repetiré la historia que me contó Germán Arciniegas. Lo invitaron a visitar un penal colombiano y le preguntó a un preso: "Y tú, ¿por qué estás aquí?" "Vera usted, doctor —le contestó—. Un día pregunté a un amigo mío quién era el mayor escritor del mundo: Pues Victor Hugo, me contestó, y yo tuve que hundirle mi cuchillo en la panza porque no iba a dejar que ofendiera a Vargas Vila, que es el mayor escritor del mundo."

Sobre la personalidad de Vargas Vila hay un buen estudio de J. G. Cobo Borda, "¿Es posible leer a Vargas Vila?" (*La alegría de leer*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1976), pero me parece que sigue faltando un examen del fenómeno de su popularidad en los países americanos.

Algo tenía Vargas Vila. ¿Cómo olvidar aquellas frases suyas que Borges consideró como "la injuria más espléndida que conozco": "Los dioses no consintieron que Santos Chocano deshonrara el patíbulo, muriendo en él. Ahí está vivo, después de haber fatigado la infamia." Y añadió Borges que la injuria es tanto más singular "si consideramos que es el único roce de su autor con la literatura" ("Arte de injuriar", 1933, *Historia de la eternidad*, 1953).

En la otra carta de Reyes a "Fabio" Torri le cuenta con delectación su encuentro con Jacy, "la corza mestiza", de padre mexicano y madre negra brasileña. La descripción de la belleza de la muchacha es tan persuasiva como el comentario del embajador Reyes:

Porque yo he venido aquí a armonizar dos pueblos, dos razas. Y ahora resulta que un humilde indio de Veracruz, el padre de Jacy, lo había logrado antes que yo, ¡y de qué manera, Fabio mío!

Concluye este cuaderno con los sonetos que se cruzaron, a la buena usanza de antaño, Alfonso Reyes y Enrique González Martínez, para contarle aquél la confusión que causó en una señora por usar una fórmula de cortesía en desuso, y contestarle éste que "le ganó Freud", como suele decir Alí Chumacero. Buen pretexto para dos ingeniosos sonetos.

### *Berkeleyana: 1952*

En otro cuaderno de su *Archivo* (Serie A, Reliquias, núm. 1, México, 1953), que llamó *Berkeleyana* y redactó en 1952, Reyes dejó una curiosidad: el relato minucioso del viaje que, en la primavera de 1941, hizo acompañado de su hijo y un chofer, en un Buick Sedán, modelo 1939, desde la ciudad de México, para recibir el doctorado que le otorgó la Universidad de California, en Berkeley. Probablemente con el fin de pasar por su tierra natal, eligieron la carretera que, muy al oriente, va de la ciudad de México a Nuevo Laredo, pasando por Monterrey. Desde allí cruzaron, en el país vecino, los estados de Texas, Nuevo México y Arizona, hasta llegar a California, subir a Los Ángeles y a la vecina Universidad de Berkeley. En el transcurso del viaje don Alfonso cumplió sus 52 años y aún no había sufrido sus avisos cardiacos. Aunque ahora realizan hazañas casi semejantes los autobuses que van a los Estados Unidos de América, en etapas más cortas, la que narra Reyes lo fue por haber recorrido un promedio de mil kilómetros diarios, turnándose en el volante el chofer Germán y el hijo Alfonso, durante cuatro días y noches, en el viaje de ida y otros tantos en el de regreso. Recorrer 500 o 600 kilómetros diarios es soportable, pero hacer el doble durante cuatro días es una hazaña deportiva, teniendo en cuenta las averías que tuvieron y el cruce de largas zonas desérticas. Si existían ya vuelos a Los Ángeles, don Alfonso debió decidir el viaje por carretera con cierto espíritu deportivo y para ahorrarse gastos.

Tras de las impresiones y peripecias del camino, la estancia en la Universidad de Berkeley fue ocasión para trabar amistad con las autoridades universitarias y reencontrar a maestros distinguidos: el hispanista Sylvanus Griswold Morley, el historiador Herbert I. Priestley y el antiguo historiador de la literatura hispanoamericana, Alfred Coester. Reyes asistió al examen doctoral de Philip Wayne Powell, quien desde entonces se interesaba en la guerra chichimeca y, por invitación del historiador P. A. Martin, hizo una exposición a los alumnos del seminario de Martin acerca de la intervención francesa en México.

Esta historia de viaje, registra escueto de hechos, sin adornos

ni divagaciones ni asociaciones, muestra el animoso espíritu de Reyes, que también se atrevía con las hazañas deportivas.

### *Cuando creí morir: 1947, 1953 y 1947*

*Cuando creí morir* está formado por tres secciones —que llevan como subtítulos *Andantino*, *Maestoso* y *Rubato*, como los movimientos de una sonata— de temple y contenido diverso. Reyes lo guardó inédito, y poco después de su muerte, como homenaje a su autor, se publicó la segunda parte en *México en la Cultura*, de *Novedades*, el 3 de enero de 1960. La primera y la tercera partes, escritas ambas en 1947, son dos graves meditaciones. La primera, “Los cuatro avisos”, es una reflexión moral en la que, después de haber sufrido los primeros avisos de su dolencia cardíaca, se propone decantar los principios que considera que han regido su vida, y encuentra que son el Cinismo, como verdad y realidad, y el Estoicismo, como dignidad; y añade, “sin olvidar la cortesía como brújula de andar entre los hombres”.

La tercera parte, “Una enseñanza”, es otra reflexión dedicada al dilema del hombre de estudio que acepta un cargo político y, en nuestro medio, sufre un duro tropiezo contra “las fuerzas oscuras”. Reyes analiza con sagacidad el problema y encuentra que el hombre puro al que considera “quiso vender al Diablo tan sólo la mitad de su alma, transacción imposible”, mientras que “las Eminencias Grises... despliegan la acción y están a encubierto de las reacciones: ellas pueden mantener la proporción de crueldad indispensable para hacer el bien a los hombres; ellas disfrutan de irresponsabilidad”. En suma, que el ejercicio y el triunfo en asuntos públicos implican la aceptación del mal y la crueldad. La meditación de Reyes —cuyo sujeto se transparenta— es sabia, aunque tiene una relación muy débil con el tema general del escrito de que forma parte.

El relato sustancial de *Cuando creí morir* se encuentra en la segunda sección que repite el título general, y fue escrita años después de las reflexiones que la anteceden y siguen, en enero de 1953. Ésta es, propiamente, una crónica de su enfermedad: infarto o trombo-sis coronaria; de los cuatro avisos o ataques que sufrió, el 4 de marzo de 1944, en febrero y en junio de 1947, y el 3 de agosto de 1951. Con su gusto por la precisión, don Alfonso relata los síntomas y las consecuencias de cada uno, y en el último, en que debió ser internado en el Instituto Nacional de Cardiología, y puesto que lo sorprendió trabajando en el *Polifemo* de Góngora, refiere las “deliciosas visiones gongorinas” que tuvo durante su duermevela, en que “todo era pluma, miel, cristal, oro, nieve, mármol, armonías en blanco y rojo”. En la graciosa fantasía que escribió sobre estos días, cuenta que se vio transportado al cielo y que, antes que San Pedro lo anotara en su registro de entrada, un arcángel le dijo: “Creo que este pobre

señor tenía una obra a medio escribir", lo que determinó que San Pedro le prorrogara su permiso "de turismo en la tierra". Por ello, dice Reyes, "yo siempre tengo un libro a medio escribir y procuro no darle término sin haber antes comenzado el siguiente".

Recuerdo de este singular documento que es *Cuando creí morir* una observación que, antes o después de que la escribiera, escuché de labios de don Alfonso y que entonces me llenó de confusión: "Comprendí que nuestro mayor y auténtico placer físico no está en el amor, sino en la respiración."

Aunque tuvo que ser más cuidadoso para evitar fatigas físicas, el hecho es que su actividad intelectual, después de su salida del hospital, fue enorme, como lo registra en estas páginas. Cuenta Reyes que una de sus alegrías, aún convaleciente, fue la de recibir el precioso homenaje que Fernando Benítez y Miguel Prieto le organizaron, en el número 140, del 7 de octubre de 1951, del suplemento *México en la Cultura*, de *Novedades*, totalmente dedicado a Alfonso Reyes, con textos y fotos suyas, dibujos de Elvira Gascón y estudios de varios escritores. Una joya por su diseño tipográfico y el gusto y calidad de sus textos.

A pesar de que durante sus últimos meses don Alfonso padeció por su enfermedad y requería el oxígeno —que cuando se le hizo la grabación de sus discos para inaugurar la serie de *Voz Viva*, de la UNAM, tenía que inhalar tras de cada párrafo—, sobrevivió quince años al primer ataque de 1944, y ocho al último y más grave de 1951. Nunca fue un enfermo ni atemorizado ni aprensivo, y sus últimos años fueron de los más fructíferos de su carrera intelectual.

### *Historia documental de mis libros: 1955-1959*

Desde 1926, cuando Alfonso Reyes se encontraba aproximadamente a la mitad de su vida y a la tercera parte de su obra, aunque ésta era ya considerable y compleja, escribió la "Carta a dos amigos", Enrique Díez-Canedo, en Madrid, y Genaro Estrada, en México (*Reloj de sol*, Madrid, 1926; OC, IV), confiándoles el cuidado de su obra —de don Alfonso— y dándoles indicaciones respecto a la organización y grado de atención que deberían recibir sus papeles. Ambos albaceas literarios morirían, Estrada en 1937 y Díez-Canedo en 1944. Sintiendo ya cercanas sus propias postrimerias, Reyes inició en 1955 la publicación sistemática de sus escritos en sus *Obras completas*, y el mismo año dio principio a la *Historia documental de mis libros*, otra manera de relatar su vida, que estuvo siempre hecha de libros y consagrada a ellos.

Su existencia no le bastó para terminar esta nueva tarea. En el número de enero-febrero de 1955, de la revista *Universidad de México*, que dirigía Jaime García Terrés, comenzó a publicar, muy bien ilustrada con fotos de los personajes y acontecimientos, la *Historia documental*. Continuó la publicación durante 1955, 1956 y hasta

septiembre de 1957 en la misma revista; en septiembre de 1959, la serie se resanudó en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, y se interrumpió en diciembre de este último año por la muerte de don Alfonso. Además, poco después de publicado el primer capítulo, Reyes dio a la revista *Armas y Letras* (abril de 1955), de la Universidad de Nuevo León, en Monterrey, su tierra natal, una nueva versión ampliada de dicho capítulo de sus memorias literarias, que sustituye al de *Universidad de México*. En resumen, don Alfonso publicó 18 inserciones, con XIII capítulos en *Universidad de México*; 4 capítulos en *La Gaceta*, del XIV al XVII, final, más la versión ampliada del capítulo primero. Todo un libro de gran interés que ahora se reúne por primera vez.

A pesar de su extensión, los diecisiete capítulos de la *Historia documental de mis libros* sólo cubren desde los inicios literarios de su autor y el primer libro de su mocedad, revelador de su talento, *Cuestiones estéticas*, de 1911, hasta el año de 1925. Es decir, los años ateneístas de México y la fecunda década madrileña, de 1914 a 1924. Falta, pues, al menos, otro tanto: la etapa sudamericana y la gran cosecha de sus últimos veinte años en México.

Lo que tenemos de la *Historia documental* es espléndido, salvo algunas enumeraciones monótonas. Reyes se ve a sí mismo y a sus obras a la vez desde dentro, con amor, y con cierta perspectiva, como si se tratara de hechos externos. Se da, pues, importancia a, como si fuera un investigador que estudia una obra ajena, le da importancia a cada minucia de la elaboración de sus libros, a sus fechas, a los estímulos de la composición, a los pormenores de la edición y a los comentarios que recibieron.

Y, además, nos cuenta la vida que alimentaba sus escritos. En los primeros años madrileños, después de que sale de París en guerra, con mujer e hijo y desposeído de su modesto puesto diplomático, de 1914 a 1919, aprende a ganarse la vida con la pluma, "como el abuelo Ruiz de Alarcón". Francisco A. de Icaza, que conocía bien aquel ambiente, no disimuló su inquietud: "Posible es --le dijo-- que usted logre sostenerse aquí con la pluma, pero es como ganarse la vida levantando sillas con los dientes." Pero lo logró, haciendo al principio trabajos venales, como traducciones a destajo y una monografía sobre el azúcar, periodismo literario en diarios y revistas, y empeñando sus pequeñas joyas para salir de apuros. Y lo que es más notable, escribiendo, en estos años duros, algunas de sus más hermosas obras de creación, *Visión de Anáhuac*, *El suicida* y *Cartones de Madrid*, todas de 1917; y lo que es heroico, consagrándose, entre fríos y hambres, a las investigaciones históricas y filológicas, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, pues de estos años son sus trabajos sobre Fray Servando, Quevedo, el Arcipreste de Hita, Ruiz de Alarcón, Gracián, el *Poema del Cid* y Lope de Vega; su colaboración con Raymond Foulché-Delbosc en la preparación de las obras de Góngora, y sus investigaciones eruditas como las dedicadas

a un tema de *La vida es sueño*, de Calderón, y a Moteo Rosas de Oquendo. Las penalidades con que se realiza una obra no cuentan para su valoración; aún así, sorprende el espíritu alerta, y la alegría creadora en las obras del Reyes de estos años. A partir de sus libros madrileños queda forjado su prestigio literario; el mito Alfonso Reyes había sido creado.

Todo esto, los trabajos y sus circunstancias, los viejos y los nuevos amigos, en unos años luminosos de las letras españolas, con las grandes figuras de la generación del 98 en su madurez y los nuevos escritores que empiezan a surgir; las excursiones en busca de la historia y la leyenda; las celebraciones literarias, como la de los cinco minutos en honor de Mallarmé que promueve Reyes, el ambiente áspero y cordial de la vida madrileña; el esfuerzo con que va abriéndose camino y las penalidades que va superando; el trabajar al mismo tiempo en tantos frentes y el aprender haciendo; el encontrar reposo para el poema y la prosa artística; el ir conquistando un lugar en una sociedad literaria que lo desconocía, y el proceso de elaboración de sus obras, está contado en la *Historia documental*. Quedan aquí un cúmulo de datos para el curioso de la vida española en la década 1914-1924 y una historia humana e intelectual admisible.

Entre tantos pasajes interesantes de esta obra quiero destacar, como a contrapelo, la historia de una frustración literaria. Al referir los estímulos de que nacieron sus obras, cuenta Reyes (cap. IX) lo que le ocurrió con uno de los poemas de *Huellas* (OC. X), el llamado "Caricia ajena", que dice:

Exhalación clara que anhelas  
—a no perturbar un temblor—  
por iluminar si desvelas,  
por dormir si enciendes amor.

Desde el hombro donde reposas,  
caricia ajena, ¿cómo puedes  
regar todavía mercedes  
en complacencias azarosas?

Tu fidelidad sobrenada  
en vaga espuma de ruibar,  
y te vuelves, toda entregada,  
y regalas, desperdiciada,  
los ojos cargados de amor.

Y ahora, el comentario y la historia que cuenta Reyes:

"Caricia ajena"... es un poema cuya realización no pudo alcanzar a la intención, a causa de cierta oscuridad que lo desvirtúa. Yo le conté a Enrique Díez-Canedo que el estímulo u ocasión de este poema fue el haber visto, en la plataforma de un tranvía madrileño, a una mujer que acaricia-

ha a su enamorado, y llena de ardor, volvía después el rostro hacia los demás pasajeros, sin darse cuenta de que a todos parecía envolvernos en la emoción amorosa que todavía traía en los ojos; de modo que todos recibíamos la salpicadura de la "caricia ajena".

Quien tantas veces acertó a captar las experiencias más sutiles, en esta vez los versos se le rebuyeron, porque la poesía había quedado en el relato de los hechos.

### *Parentalia: 1949-1957*

En las primeras páginas de este libro con el que Reyes inició sus memorias, al referirse a las mezclas de sangres que confluyen en su persona, exclama: "¡Qué dolor constante mi trabajo, si no llego a saber a tiempo que el único verdadero castigo está en la confusión de las lenguas, y no en la confusión de las sangres!" Y explica en seguida que

El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano. La unidad anhelada, el talismán que reduce al orden los impulsos contradictorios, me pareció hallarlo en la palabra.

Y concluye el elogio de la salvación y justificación que es la palabra para el hombre, con una confesión y un deseo:

¿Se entiende lo que ha podido ser para mí el estudio de las letras? Doble redención del verbo: primero, en la aglutinación de las sangres; segundo, en el molde de la persona: en el género próximo y en la diferencia particular.

Y si hemos de salvar algún día el arco de la muerte en forma que alguien quiera evocarnos, Aquí yace —digan en mi tumba— un hijo menor de la *Palabra*.

Más adelante, al hablar de la herencia universal de sus sangres y del "arraigo en movimiento" que le tocaría, dice:

El destino que me esperaba más tarde sería el destino de los viajeros. Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo náutrago en el mundo.

Borges confirmará esta rara condición universal de don Alfonso en el precioso "In memoriam A. R." que escribió a la muerte de su amigo:

Supo bien aquel arte que ninguno  
Supo del todo, ni Simbad ni Ulises,  
Que es pasar de un país a otros países  
Y estar íntegramente en cada uno.

En los retratos que traza de su parentela, es sorprendente el arte de Reyes para transformar una simple alusión —por ejemplo, un cierto abuelo de su abuela Josefina Sapién, que solía venir de Manila cargado de maravillas orientales— en un lindo cuento, que le permite explicar de alguna manera ciertos rasgos de su cara e inclinaciones de su carácter. Su destreza literaria lo hace convertir en figuras legendarias, en mitos, a los personajes que describe. Sin necesidad de magnificarlos ni de acentuar sus rasgos, y conservándoles su propia condición, los va conformando con un dibujo literario cuyo arte es invisible y cuyos resultados son el encanto de la lectura de estas páginas.

Y de cuando en cuando, la sal de los recuerdos y asociaciones oportunas: el libro de los hermanos Tharaud sobre Persia e Irán, en que se buscan huellas de un tío de Rousseau, le sirve para explicarse el gusto del filósofo por "vestirse a la armenia", y le permite añadir que el mismo Reyes podría vestirse de "traficante oceánico", a cuenta del abuelo oriental. O el relato de los viajes que el abuelo Domingo Reyes hacía entre La Barca y Guadalaajara, de donde venía cargado de curiosos regalos, y

traía los dulces y las frutas en unos bacinca nuevos de plata o de oro macizos, de esos que tanto admiraban al niño Francis Jammes y que había llevado a Pau su tío el Mexicano.

O cuando deja caer una preciosa cita:

Al corazón le importa acordarse, aun cuando sea con errores de aproximación, como en Luperco Leonardo de Argensola,

la sombra sola del olvido teme.

O cuando, al recordar a una tía abuela, maestra a la que afligían los disparates del habla de la gente, la compara con "San Vicente [quien] tomaba a su cargo los dolores de la parturienta".

O cuando ilustra pasajes de sus escritos con alusiones históricas, tan naturales como si fuesen refranes, pero que son el fruto de su memoria privilegiada y de su sentido de la oportunidad:

los demonios andaban sueltos, como antes de que Salomón los encerrara en el camello, Éolo había desatado sus pellejos.

O bien: "los caballos, como los gansos del Capitolio, dan la alarma".

La extensa rememoración del abuelo coronel Domingo Reyes (cap. II), tramada en la historia de las luchas civiles de mediados del siglo XIX, es convincente de la sobria valentía militar del abuelo, aunque no consiga la fluidez habitual en la pluma del nieto Alfonso.

La evocación del padre Bernardo Reyes (cap. III y Apéndices), al que Reyes siente como un héroe de la Antigüedad, culminación

de la *Parentalia*, lleva al principio un par de hermosas páginas sobre el olvido y la memoria y un conmovido elogio a la afición del padre por la historia y la poesía y a su vocación romántica de guerrero. Entre las páginas que relatan las correrías y hazañas militares de don Bernardo, cuando andaba en la guerrilla contra la intervención francesa, hay apuntes interesantes sobre la bravura de los indios mexicanos y acerca del miedo y el pavor durante las batallas, y es una hermosa página épica el relato de la proeza del guerrero en Villa de Unión, al que Reyes dedicó también un poema con este título. Y en esta extensa etopeya hay tanto páginas airadas, como las que narran la barbarie y las crueldades de Manuel Lozada, el Tigre de Alica —al que combatió Bernardo Reyes—, como otras de serena belleza, como el elogio del árbol.

*Parentalia* está dividida en tres secciones. La inicial, "Primeras imágenes", se abre con dos capítulos que podrían llamarse reflexiones sobre los orígenes, y está dedicada al recuerdo de los abuelos y de la madre; la segunda, "Milicias del abuelo", refiere la historia del coronel Domingo Reyes, abuelo paterno; y la última, "Enseña de Occidente", relata los hechos militares y políticos del padre, que llegará a ser el general Bernardo Reyes. A pesar de su extensión sólo alcanza hasta antes de la gubernatura en el estado de Nuevo León. El amor y la admiración de Alfonso Reyes por la figura de su padre, que fue creciendo con el tiempo, aquí concluye con este pasaje conmovedor, que nos da el temple y el fervor que alientan estas páginas:

Y ciertamente, aquel extraordinario varón —hermoso por añadidura— era, además de sus virtudes públicas y su valentía y su pureza, un temperamento de alegría solar, una fiesta de la compañía humana, un lujo en el trato, un orgullo de la amistad, una luz perenne y vigilante en la conciencia de los suyos.

### *Crónica de Monterrey I. Albores: 1959*

El relato de este "Segundo libro de recuerdos", que su autor no pudo ver impreso (El Cerro de la Silla, México, 1960, editado por Manuela Mota de Reyes), se inicia con una rememoración de lo que era la vida de Monterrey en la época cercana al nacimiento de Alfonso Reyes: los barrios principales, la organización incipiente de la ciudad, los juegos y diversiones infantiles, la situación del ya general Bernardo Reyes como jefe de la zona militar, y poco después gobernador del estado de Nuevo León. Este cuadro de circunstancias enmarca el nacimiento de Alfonso, el 17 de mayo de 1889 a las nueve de la noche, contado con delicado encanto. La "Onomástica y santoral" siguiente da ocasión a Reyes para referir el origen de su nombre, el santo que es su patrono, San Ildefonso, del 2 de agosto, y el de su día de nacimiento, San Pascual Bailón, y algunas de las con-

fusiones de la homonimia —narradas por extenso en otro lugar—, sobre todo las confusiones con el rey de España de sus años de embajador, Alfonso XIII. La descripción de las casas de la infancia, la de Bolívar y la de Degollado, está transfigurada por el recuerdo. La amplitud, el orden y la multiplicidad de sus reinos: el cuartel general y la casa doméstica, el patio y sus habitaciones, el traspatio, la huerta y los corrales; los tres grados de sus habitantes: los mayores, los niños y los criados, y los árboles y los animales, todo bajo la sombra providente del general Reyes, se convierte en un reino encantado. Todo es magia y prestigio.

El retrato de Paula Jaramillo, la primera nodriza del niño Alfonso, convertida por Reyes en Ceres de bronce, es una linda página:

De ella conservo mi afición a la piel morena y mi confianza en yo no sé qué piedad nutricia y generosa hasta ignorar el pecado, que me parece manar de los senos mismos de la vida. De ella, un sabor de paganismo trigueño muy lejano a las jactancias olímpicas y que acaso vienen desde la Grecia más arcaica y torrena, hecho de virtud placentera y seria a la vez, penetrante, consoladora.

Los recuerdos de los hermanos —Alfonso fue el noveno de los doce hijos de su madre—, los que se fueron niños y los que sobrevivieron, están llenos de chispa. De León, medio hermano mayor, cuenta que tenía “una fuerza prodigiosa” y muchas novias, y que un día:

Encontró a una “pelando la pava” con otro galán, junto a una de aquellas ventanas de barrotes de hierro... Abrió un poco los barrotes, le metió al rival la cabeza, volvió a cerrarlos lo indispensable, y ahí lo dejó aprisionado y dando gritos.

Entre los retratos de los personajes de la casa paterna hay algunos muy vivaces, como el del cocinero francés, Luis; lo mismo que ciertas escenas, como “Bautizo en invierno”, que cuenta la impresión de una rara nevada en Monterrey, mientras en la casa se celebraba un bautizo. Merecen destacarse también las páginas en que describe “El equilibrio efímero”, los sustentos morales que, para el niño, eran los apoyos de aquel universo: la fortaleza y el sistema de entusiasmos que armaban la mente de su padre, “mezcla del Zeus olímpico y del caballero romántico”: la devoción por México, y don Porfirio, como el centro y el apoyo del bienestar de aquel mundo del antiguo régimen.

Los retratos de servidores, mozos, “caballerangos” y gente de variados oficios, de aquellos días de infancia, son páginas amenas por la penetración psicológica y el ágil dibujo de aquellos personajes singulares del norte, especialmente del hazañoso Ceferino García.

Otro de los servidores aquí retratados es Indalecio, el del relato “Donde Indalecio aparece y desaparece”, de 1932, suprimido de es-

tas páginas ya que se incluyón, como parte del libro *Quince presencias* (1955), en el tomo XXIII de estas *Obras completas*.

"El salto mortal" relata una función de circo, con su público elegante y popular, el cual, al anunciarse el "salto mortal" que haría una niña cirquerita, se opone a que corra peligro y el número se suspende. La descripción de las indumentarias y el cortejo ceremonioso que forma cada familia de respeto, y el brillo multicolor del circo están muy bien logrados.

Lo del salto suspendido, ocurrió, precisa Reyes, en un pequeño circo tejano. El circo legendario de la época fue el Circo Orrin, al cual dedica el siguiente capítulo, para recordar la gracia del payaso Ricardo Bell, sus múltiples esplendores y las grandes pantomimas, sobre todo *La Acuática*, que concluían las funciones. Además de los libros sobre el tema, de Manuel Mañón y de Armando de María y Campos, que menciona Reyes, puede verse el hermoso libro sobre Ricardo Bell que escribió su hija Sylvia Bell de Aguilar: *Bell, México*, 1984.

### *Páginas adicionales*

Al final del presente volumen se reúnen algunos fragmentos inéditos de Reyes acerca de sus años estudiantiles, en Monterrey y en la ciudad de México, a los que puso el título de *Toga pretexta*; y un curioso apunte sobre una *Teoría del sable*, que puede asociarse a las aficiones del general Bernardo Reyes.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

*Febrero de 1989.*



# I

ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO

[1930]



HACE 17 años murió mi pobre padre. Su presencia real no es lo que más echo de menos: a fuerza de vivir lejos de Monterrey, estudiando en México, yo me había ya acostumbrado a verlo muy poco y a imaginármelo fácilmente, a lo cual me ayudaba también su modo de ser tan definido, y hasta su aspecto físico tan preciso y bien dibujado —su manera de belleza. Por otra parte, como era hombre tan ocupado, pocas veces esperaba yo de él otra cosa que no fuera una carta de saludo casi convencional, concebida en el estilo de su secretaria. Y a propósito de esto me acuerdo que la señora de Lancaster Jones —doña Lola Mora— su amiga de la infancia, quejándose de aquellas respuestas impersonales que redactaba el secretario Zúñiga, un día le escribió a mi padre una carta que comenzaba con este tratamiento: “Mi querido Zúñiga: Recibí tu grata de tal fecha, etcétera”...

Hacia varios años que sólo veía yo a mi padre de vacaciones o en cortas temporadas. Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi hasta había recordar para sentir el calor de su presencia. Y como su espíritu estaba en actividad constante, todo el día agitaba las cuestiones más amenas y más apasionadoras; y todas sus ideas salían candentes, nuevas y recién forjadas, al rojo vivo de una sensibilidad como no la he vuelto a encontrar en mi ya accidentada experiencia de los hombres. Por cierto que hasta mi curiosidad literaria encontraba pasto en la compañía de mi padre. Él vivía en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. Él me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. Él era soldado y gobernante. Yo iba para literato. Nada de eso obstaba. Mientras en México mis hermanos mayores, universitarios

criados en una atmósfera intelectual, sentían venir con recelo las novedades de la poesía, yo, de vacaciones, en Monterrey, me encontraba a mi padre leyendo con entusiasmo los *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío, que acababan de aparecer.

Con todo, yo me había hecho ya a la ausencia de mi padre, y hasta había aprendido a recorrerlo de lejos como se hojea con la mente un libro que se conoce de memoria. Me bastaba saber que en alguna parte de la tierra latía aquel corazón en que mi pobreza moral —mejor dicho, mi melancolía— se respaldaba y se confortaba. Siempre el evocarlo había sido para mí un alivio. A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme. Después —desde que mi padre murió—, me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma. En vida de mi padre no sé si llegué a percatarme nunca. . .

Pero ahora se me ocurre que sí, en cierto modo al menos. Una vez fui, como de costumbre, a pasar mis vacaciones a Monterrey. Llegué de noche. Me acosté y dormí. Al despertar a la mañana siguiente —muchas veces me sucedía esto en la adolescencia— ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza, como si me costara un esfuerzo volver a empezar la vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio. Antes de que mi razón la sujetara, mi imaginación ya estaba hablando: “Consuélate —me dijo—. Acuérdate que, después de todo, allá en Monterrey, te queda algo sólido y definitivo: Tu casa, tu familia, tu padre.” Casi al mismo tiempo me di cuenta de que en aquel preciso instante yo me encontraba ya pisando mi suelo definitivo, que estaba yo en mi casa, entre los míos, y bajo el techo de mis padres. Y la idea de que ya había yo dispuesto de todos mis recursos, de que ya había agotado la última apelación ante el último y más alto tribunal, me produjo tal desconcierto, tan paradójica emoción de desamparo que tuve que contenerme para no llorar. Este accidente de mi corazón me hizo comprender la ventaja de no abu-

sar de mi tesoro, y la conveniencia —dados los hábitos ya adquiridos por mí— de tener a mi padre lejos, como un supremo recurso, como esa arma vigilante que el hombre de campo cuelga a su cabecera aunque prefiera no usarla nunca. No sé si me pierdo un poco en estos análisis. Es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos.

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación. Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.

Con la desaparición de mi padre, muchos, entre amigos y adversarios, sintieron que desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos. Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria. Después me fui rehaciendo como pude, como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trinchar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos. Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio. Discurrí que estaba ausente mi padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir sus respuestas. A consultarle todo. Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones —aquellas que nunca han salido de mis labios pero que algunos de mis amigos han descubierto por el conocimiento

que tienen de mí mismo. Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano. El proceso duró varios años, y me acompañó por viajes y climas extranjeros. Al fin llegamos los dos a una compenetración suficiente. Yo no me arriesgo a creer que esta compenetración sea ya perfecta porque sé que tanto gozo me mataría, y presiento que de esta comunión absoluta sólo he de alcanzar el sabor a la hora de mi muerte. Pero el proceso ha llegado ya a tal estación de madurez, que estando en París hace poco más de dos años, me atreví a escribir a un amigo estas palabras más o menos: "Los salvajes creían ganar las virtudes de los enemigos que mataban. Con más razón imagino que ganamos las virtudes de los muertos que sabemos amar." Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. Ahora creo haber logrado ya la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa. Y véase aquí por dónde, sin tener en cuenta el camino hecho de las religiones, mi experiencia personal me conduce a la noción de la supervivencia del alma y aun a la noción del sufragio de las almas— puente único por donde se puede ir y venir entre los vivos y los muertos, sin más aduana ni peaje que el adoptar esa actitud del ánimo que, para abreviar, llamamos plegaria.

Como él siempre vivió en peligros, y como yo poseo el arte de persuadirme (o acaso también por plástica, por adaptación inconsciente) yo, desde muy niño, sabía enfrentarme con la idea de perderlo. Pero el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste; no sólo porque persistan en mí los efectos de esa inmensa herida, sino porque el golpe está aquí —íntegro, vivo— en algún repliegue de mi alma, y sé que lo puedo resucitar y repetir cada vez que quiera. El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente. No de otro modo el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un antejo poderoso, vería, a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de la

luz entre las distancias siderales— a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez al valle de Anáhuac.

El desgarramiento me ha destrozado tanto, que yo, que ya era padre para entonces, saqué de mi sufrimiento una enseñanza: me he esforzado haciendo violencia a los desbordes naturales de mi ternura, por no educar a mi hijo entre demasiadas caricias para no hacerle, físicamente mucha falta, el día que yo tenga que faltarle. Autoritario y duro, yo no podría serlo nunca: nada me repugna más que eso. Pero he procurado ser neutro y algo sordo —sólo yo sé con cuánto esfuerzo— y así creo haber formado un varón mejor apercebido que yo, mejor dotado que yo para soportar el arrancamiento. Cuando me enfrenté con las atroces angustias de aquella muerte, escogí con toda certeza, y me confesé a mí mismo que preferiría no serle demasiado indispensable a mi hijo, y hasta no ser muy amado por él puesto que tiene que perderme. Que él me haga falta es condición irremediable: mi conciencia se ha apoyado en él mil veces, a la hora de vacilar. Pero es mejor que a él mismo yo no le haga falta —me dije— aunque esto me prive de algunos mimos y dulzuras. También supe y quise cerrar los ojos ante la forma yacente de mi padre, para sólo conservar de él la mejor imagen. También supe y quise elegir el camino de mi libertad, descuajando de mi corazón cualquier impulso de rencor o venganza, por legítimo que pareciera, antes de consentir en esclavizarme a la haja *vendetta*. Lo ignoré todo, huí de los que se decían testigos presenciales, e impuse silencio a los que querían pronunciar delante de mí el nombre del que hizo fuego. De paso, sé que me he cercenado voluntariamente una parte de mí mismo; sé que he perdido para siempre los resortes de la agresión y de la ambición. Pero hice como el que, picado de vibora, se corta el dedo de un machetazo. Los que sepan de estos dolores me entenderán muy bien.

No: no es su presencia real lo que más me falta, con ser tan cálida, tan magnética, tan dulce y tan tierna para mí, tan rica en estímulos para mi admiración y mi fantasía, tan satisfactoria para mi sentido de los estilos humanos, tan halagadora para mi orgullo de hijo, tan provechosa para mi sincero

afán de aprendiz de hombre y de aprendiz de mexicano (¡porque he conocido tan pocos hombres y entre éstos, tan pocos mexicanos!). No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.

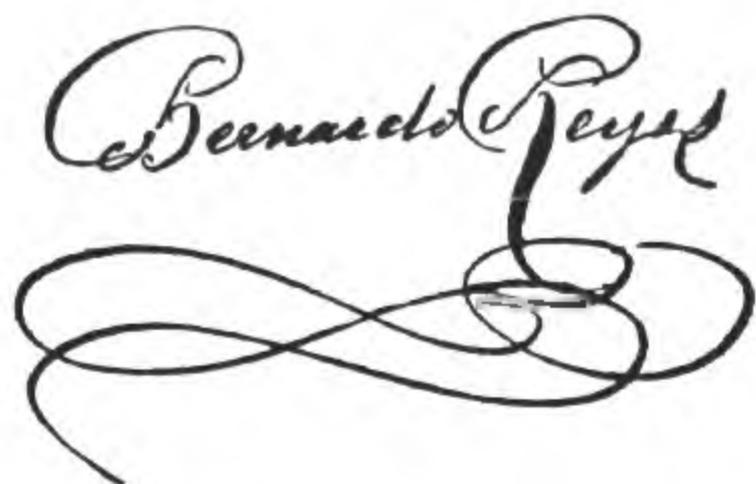
Y ya que el vino había de volcarse, sea un sacrificio acepto: sea una libación eficaz para la tierra que lo ha recibido.

## II

DE TODAS sus heridas, la única aparente era la de su mano derecha, que quedó siempre algo torpe, y solía doler en el invierno. La izquierda tuvo que aprender de ella a escribir y trinchar y también a tirar el arma, con todos los secretos del viejo maestro Ignacio Guardado. Lentamente la derecha pudo recobrar el don de escribir. Hombre que cumplidos los cincuenta años, era capaz de comenzar el aprendizaje metódico de otra lengua extranjera no iba a detenerse por tan poco.

Hojeando en su biblioteca, he encontrado las cuatro sucesivas etapas de su firma: La primera, la preciosa firma llena de turgencias y redondeces, aparece en un tomo de *Obras poéticas* de Espronceda, París, Baudry, 1867, y en una *Cartilla*

*moral militar* del Conde de la Cortina, edición de Durango, Francisco Vera, año de 1869. La segunda, la encuentro en un ejemplar de las poesías de Ileredia, y lleva la fecha de Mazatlán, 1876. Aquí el nombre de pila se ha reducido a una inicial y el rasgo es más nervioso y ligero aunque todavía se conserva la misma rúbrica del adolescente, enredada en curvas y corazones. La tercera fase la encuentro en cartas privadas dirigidas al poeta Manuel José Othón por el año de 1889. Aunque después de la herida, todavía resulta muy ambiciosa. La cuarta fase es la que conoce la fama, la que consta en todos los documentos oficiales de su gobierno, y es ya la firma del funcionario, escueta, despojada y mecánica.



Bernardo Reyes



B. Reyes.  
Mazatlán 1876.

### III

PERO hemos entrado en su biblioteca y esto significa que el caballo ha sido desensillado. En aquella biblioteca donde había de todo, abundaban los volúmenes de poesía y los clásicos literarios. Entre los poetas prevaban los románticos: era la época mental en que el espíritu del héroe se había formado. El hallazgo de aquella firma juvenil en un ejemplar de Espronceda tiene un sentido singular.

Después de pacificar el Norte y poner coto a los contrabandos de la frontera —groseros jefes improvisados por las guerras civiles alternaban allí con los aprovechadores que nunca faltan, y se las arreglaban para engordar la hacienda con ilícitos medros— vinieron los años de gobernar en paz. Y como al principio el General se quedara unos meses sin más trabajo que la monótona vida de cuartel, aprovechó aquellos ocios nada menos que para reunir de un rasgo los incontables volúmenes de la *Historia de la Humanidad* de César Cantú. Toda empresa había de ser titánica para contentarlo y entretenerlo. Aunque fuera titánicamente metódica como lo fue su gobierno mismo. Otros hablarán de esa obra y de lo que hizo de aquella ciudad y de aquel Estado. Aquí el romántico descansa o, mejor dicho, frena sus energías y administra el rayo, conforme a la general consigna de la paz porfiriana. Aquella cascada se repartirá en graciosos riachuelos y éstos, poco a poco fueron haciendo del erial un

rico jardín. La popularidad del héroe cundía. Desde la capital llegaban mensajeros celosos. Al fin el dueño de la política vino en persona a presenciar el milagro: "Así se gobierna", fue su dictamen. Y poco después, el gobernador se encargaba del Ministerio de la Guerra, donde todavía tuvo ocasión de llevar a cabo otros milagros: el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios domíngueros para volcarlo, por espontáneo entusiasmo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia; el conciliar al ejército con las más altas aspiraciones sociales de aquel tiempo; el sembrar confianza en el país cuando era la moda el escepticismo; el abrir las puertas a la esperanza de una era mejor. Al calor de este amor se fue templando el nuevo espíritu. Todos lo saben, y los que lo niegan saben que engañan. Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos.

Otro hubiera aprovechado la ocasión tan propicia. ¡Oh, qué mal astuto, oh qué gran romántico! Le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso! Abajo, pueblos y ejércitos a la espera, y todo el país anhelante, aguardando para obedecerlo, el más leve flaqueo del héroe. Arriba, en Galeana, en el aire estoico de las cumbres, un hombre solo. Y fue necesario, para arrebatarlo a aquel éxtasis, que el río se saliera de madre y arrastrara media ciudad. Entonces requirió otra vez el caballo y hurlando sierras bajó a socorrer a los vecinos. Y poco después salió al destierro. No habían dos centros en un círculo. O tenía que acontecer lo que acontece en la célula viva cuando empiezan a formarse los núcleos, ¿poner al país en el trance de recomenzar su historia? Era mejor cortar amarras.

Ya no se columbra la raya indecisa de la tierra. Ya todo se fue.

## IV

PORFIRIO DÍAZ entregó la situación a la gente nueva y dijo una de aquellas cosas tan suyas:

—Ya soltaron la yeguada. ¡A ver ahora quién la encierra!

De buenas intenciones está empedrado el infierno. Y cuando, a pesar de la mejor intención que en México se ha visto, el país quiso venirse abajo ¿cómo evitar que el gran romántico se juzgara el hombre de los destinos? Durante unas maniobras que presencié en Francia, como sentía un picor en el ojo izquierdo, se plantó un parche y siguió estudiando las evoluciones de la tropa. Al volver del campo —y hasta su muerte lo disimuló a todo el mundo— había perdido la mitad de la vista. Así regresó al país, cuando el declive natural había comenzado. Mal repuesto todavía de aquella borrachera de popularidad y del sobrehumano esfuerzo con que se la había sacudido, perturbada ya su visión de la realidad por un cambio tan brusco de nuestra atmósfera que, para los hombres de su época, equivalía a la amputación del criterio, vino, sin quererlo ni desearlo, a convertirse en la última esperanza de los que ya no marchaban a compás con la vida. ¡Ay, nunca segundas partes fueron buenas! Ya no lo querían: lo dejaron solo. Iba camino de la desesperación, de agravio en agravio. Algo se le había roto adentro. No quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al emérito volver a mezclarse entre las legiones? Los años y los dolores habían hecho ya su labor.

Y se encontró envuelto en una maraña de fatalidades, cada vez más prieta y más densa. Mil obstáculos y los amigotes de ambos bandos impidieron que él y el futuro presidente pudieran arreglarse. Y todo fue de mal en peor. Y volvió a salir del país. Y al fin lo hallamos cruzando simbólicamente el río Bravo, acompañado de media docena de amigos e internándose por las haciendas del norte donde le habían ofrecido hombres y ayuda y sólo encontraba traición y delaciones.

Los días pasaban sin que se cumplieran las promesas. Al acercarse al río Conchos unos cuantos guardias rurales empezaron a tirotear al escaso cortejo. Unos a diestra y otros

a siniestra, todos se fueron dispersando. Lo dejaron sólo acompañado del guía.

Era víspera de Navidad. El campo estaba frío y desolado. Ante todo, picar espuelas y ponerse en seguro para poder meditar un poco. Y por entre abrojos y espinares, desgarrada toda la ropa y lleno de rasguños el cuerpo, el guía lo condujo a un sitio solitario, propicio a las meditaciones. Allí toda melancolía tiene su asiento. No se mira más vegetación que aquellos inhospitalarios breñales. El jinete echó pie a tierra, juntó ánimos, y otra vez en su corazón, se encendió la luz del sacrificio.

—¿Dónde está el cuartel más cercano?

—En Linares.

—Vamos a Linares.

—Nos matarán.

—Cuando estemos a vista de la ciudad, podrás escapar y dejarme solo.

Es ya de noche, es Nochebuena. El embozado se acerca al cabo de guardia.

—Quiero hablar con el jefe.

Pasa un instante, sale el jefe a la puerta. El embozado se descubre, y he aquí que el jefe casi cae de rodillas.

—¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo?

—¿Eres tú, mi buen amigo, mi antiguo picador de caballos? Pues no te queda más recurso que darme tus fuerzas o aceptarme como prisionero.

—¡Señor, somos muy pocos!

—Entonces voy a levantar la voz para que todos lo oigan: Aquí vengo a entregarme preso, y que me fusilen en el cuartel.

Entre los vecinos lo han vestido, ¡tan desgarrado viene! Nadie disimula su piedad, su respeto. Todos han adivinado que con ese hombre se rinde toda una época del sentir humano. Ofrece su vida otra vez más. ¿Qué mejor cosa puede hacer el romántico con su vida? ¡Tirlarla por la borda, echarla por la ventana! “¡Pelillos a la mar!”, dice el romántico. Y arroja a las olas su corazón.

MÁS tarde, trasladado a México, se consumirá en la lenta prisión, donde una patética incertidumbre lo mantiene largos meses recluso. La mesa de pino, el melancólico quinqué, la frente en la mano, y en torno la confusa rumia de meditaciones y recuerdos, y todo el fragor del *Diablo Mundo*: es, línea por línea, el cuadro de Espronceda ¡aquel Espronceda que fue tan suyo y que él mismo me enseñó a recitar!

En el patio cantan los presos, se estiran al sol y echan baraja. Aquello es como una llaga por donde se pudre el organismo militar. Un día de la semana, las soldaderas tienen acceso al patio, donde montan tiendas de lona para esconder su simulacro de amor. Después que el dueño se sacia, se pone a la puerta de la tienda y cobra la entrada a los demás a tantos centavos. Tortura propiamente diabólica presenciar estas vergüenzas el mismo que fue como ninguno, organizador de ejércitos lucidos y dignificador de la clase guerrera a los ojos de la nación.

La melancolía, los quebrantos, resucitaron en él cierto paludismo contraído en campaña. Todas las tardes, a la misma hora, llamaba a la puerta el fantasma de la fiebre. Los nervios se iban desgastando. Vivía como en una pesadilla intermitente. ¿Cuál era el delirio?, ¿cuál el juicio? El preso tenía consideraciones especiales, y aquel hombre bueno que se vio en el trance de aprisionarlo ¡qué más hubiera deseado que devolverle su libertad! Dos grandes almas se enfrentaban, y acaso se atraían a través de no sé qué estelares distancias. Una todo fuego y bravura y otra toda sencillez y candor. Cada cual cumplía su triste gravitación, y quién sabe con qué dolor secreto sentían que se iban alejando. Algún día tendremos revelaciones. Algún día sabremos de ofertas que tal vez llegaron a destiempo.

Bajo ciertas condiciones, pues, el preso podía ser visitado. Entre los amigos y amigas que, en la desgracia, se acercaron a él, abundaban naturalmente los afectos viejos, los que llegan hasta nosotros como ráfagas de la vida pasada, envueltos en memorias de la infancia y de los tiempos felices. Tales

visitas, por confortantes que parezcan, escarban muy adentro en la sensibilidad de un hombre exaltado y, en los entreactos de la fiebre, cuando la clara visión de aquel ambiente abyecto de cárcel volvía como un mal sabor a la conciencia, aparecían aquellos hombres y aquellas mujeres cargados de recuerdos, llenos de palabras sobresaturadas de sentido, demasiado expresivos para convenir al régimen de un hombre en crisis. Todo debió haber sido neutro, gris. Y todo era clamoroso y rojo.

Y todavía para enloquecerlo más, y por si no bastara la trágica viudez de una hija cuyo marido fue asesinado unos meses antes, llegaron a la prisión las nuevas de las tratadas que andaba haciendo el caudillo Urbina, aquel que murió tragado por el fango. Urbina había secuestrado al marido de su hija menor, y ésta había tenido que rescatarlo a precio de oro, empeñando para toda la vida la tranquilidad económica de su hogar. Imaginad la cólera del Campeador ante las afrentas sufridas por sus hijas.

No era todavía un anciano, todavía no se dejaba rendir, pero ya comenzaba a abrirse paso difícilmente entre las telarañas de la fiebre, la exasperación, la melancolía y el recuerdo.

También Pancho Villa estaba, por aquellos meses, preso en la cárcel militar de Santiago. Pancho Villa escaparía pronto con anuencia de sus guardianes, y por diligencia de aquel abogado Bonales Sandoval a quien más tarde hizo apuñalar, partir en pedazos, meterlo en un saco, y enviarlo a lomo de mula a Félix Díaz, para castigarlo así de haber pretendido crear una inteligencia entre ambos. El caballero y el cabecilla alguna vez pudieron cruzarse por los corredores de la prisión. Don Quijote y Roque Guinart se contemplaban. El cabecilla lo consideraría de lejos, con aquella su peculiar sonrisa y aquel su párpado caído. El caballero se alisaría la "piocha", al modo de su juventud, y recordaría sus campañas contra el Tigre de Álica, el otro estratega natural que ha producido nuestro suelo, mezcla también de hazañero y facineroso.

La visión se borra y viene otra: ahora son las multitudes que aclaman, encendidas por palabras candentes que caen,

rodando como globos de fuego, desde las alturas de un halcón, se estremece aquel ser multánime y ofrece millares de manos y millares de pechos. Pero esta visión es embriagadora y engañosa, y pronto desaparece, desairada —tentación que se recoge en el manto— para dar lugar a otros recuerdos.

## VI

AQUEL roer diario fue desarrollando su sensibilidad, fue dejándole los nervios desnudos. Un día me pidió que le recitara unos versos de Navidad. Aquella fue su última Navidad y el aniversario de la noche triste de Linares. Al llegar a la frase: *Que a golpes de dolor te has hecho malo*, me tapó la boca con las manos y me gritó:

—¡Calla blasfemo! ¡Eso, nunca! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen adentro!

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor. Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida. Naturalmente, él se tenía por hombre de acción, porque aquello de sólo dedicarse a soñar se le figuraba una forma abominable del egoísmo. Hubiera maldecido a Julien Benda y su teoría de los clérigos. Pero no veía diferencia entre la imaginación y el acto: tan plástico era para el sueño. De otro modo no se entiende que él tan respetuoso de los clásicos, arrojara un día su Quevedo, exclamando con aquella su preciosa vehemencia: “¡Miente! ¡Miente!”, porque tropezó con el siguiente pasaje en *La hora de todos y la fortuna con seso*:

“Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir.” ¡Miente, miente! Y el poeta a caballo entraba por la humanidad repartiendo actos que no eran más que otros tantos sueños. Y aún tienen del sueño y del acto puro,

el haber sido desinteresados: actos ofrecidos a los demás, actos propiciatorios, actos para el bien de todos, en que se quemaba el combustible de aquella vitalidad desbordada.

¿Dónde hemos hallado el airón de esa barba rubia, los ojos zarcos y el ceño poderoso? Las cejas pobladas de hidalgo viejo, la mirada de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. La bota fuerte con el cascabel del acicate, y el repiqueteo del sable en la cadena. Aire entre apolíneo y jupiterino, según que la expresión se derrame por la serenidad de la paz o se anude toda en el temido entrecejo. Allí, entre los dos ojos; allí, donde botó la lanza enemiga; allí se encuentran la poesía y la acción en dosis explosivas. Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.

Tronaron otra vez los cañones. Y resucitado el instinto de la soldadesca, la guardia misma rompió la prisión. ¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh, cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (¡y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino saltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aventura, único sitio del Poeta? Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.

Una ancha, generosa sonrisa se le había quedado viva en el rostro: la última yerba que no pisó el caballo de Atila; la espiga solitaria, oh Heine que se le olvidó al segador.

*Buenos Aires, 9 de febrero de 1930.*

*20 de agosto de 1930, el día en que había de cumplir sus ochenta años.*

---

---

## DÍAS ACIAGOS

*México, 3 de septiembre de 1911.*

ESCRIBO un signo funesto. Tumulto político en la ciudad. Van llegando a casa automóviles con los vidrios rotos, gente lesionada. Alguien abre de tiempo en tiempo la puerta de mi cuarto, y me comunica las últimas noticias alarmantes que da el teléfono. Por las escaleras, oigo el temeroso correr de la familia y los criados. Pienso con fatiga en mi madre enferma y en mi hermana viuda, Amalia, y hago ejercicios de serenidad, esforzándome para que los rasgos de mi pluma sean del todo regulares. Bettina, pensando en Goethe, solía recordar la sentencia de David: "Cada hombre debe ser el rey de sí mismo."

Atmósfera impropicia (¿o propicia?) a mis ejercicios espirituales. ¡Y estos días estaba yo tan enamorado de los análisis minuciosos y lentos! Goethe —lleno estoy de su recuerdo estos días, seguro que la observación amorosa de las particularidades de cada objeto y los matices de cada idea es el principal secreto de su poesía.

Horas después. Me voy habituando a la incomodidad. Hay escándalo —me digo—. Así es el mundo: así está hoy la naturaleza. ¿Cae la lluvia? Se moja uno. ¿Caen tiros? Pues imagino que éste es, por ahora, el escenario natural de la vida.

Hace más de un mes que estamos así. Aun las mujeres de casa tienen rifle a la cabecera. El mío está ahí, junto a mis libros. Y éstos —claro está— junto a mi cama. Los libros ahuyentan la visita de toda esa gente estorbosa. Hasta aquí sólo llegan los que deben llegar.

Tengo tres ventanas: dos al jardín, y otra a la calzada del coche. Frente a ésta, una pared de ladrillos, vestida de verdura. Sobre la pared, apenas asoman la cabeza algunas ca-

sas, y unos árboles caprichosos que, por la mañana, al abrir los ojos —como la ventana da al sur—, me parecen, sobre la luz verde del cielo, masas de humo suspendidas en el licor de la madrugada.

Mis otras dos ventanas, las del jardín, casi no tienen horizonte o fondo lejano, pero sí un grato primer término: dan vista al jardín, espeso de árboles, con el claro parpadeo del estanque; la cochera al fondo, las caballerizas y el *garage*. También puedo ver la caseta interior de la servidumbre, ahora ocupada por rancheros y rifleros del norte, gente leal que ha querido a toda costa custodiar de cerca a mi padre.

En el jardín hay unos gansos, que suelen disparar su gritería salvaje entre la noche, y casi siempre al amanecer. Yo hablo con ellos, chascando la lengua de cierto modo. Me responden, y se acercan renqueando. Llegan hasta debajo de mi ventana, rechinando a su modo y arrastrando el vientre sobre las alfombras de violetas. Son lerdos, cierto; pero, como dice Rodin, *ils ont la ligne*.

Dos enredaderas logran trepar hasta mis ventanas, y casi entran a visitarme (¡oh, Clara d'Ellébeuse!): una madreselva —sí, Gustavo Adolfo—, una madreselva tupida y floreciente; y la otra, una enredadera de hojas anchas frescas. Con ellas llega hasta mí un mensaje directo de la tierra negra de abajo: les ayudo a entrar, las estímulo; deshago sus ovillos vegetales, y oriento sus hilos hacia adentro. Me figuro que echo la escala, y mis enamoradas, las dos trepadoras, suben a mis ventanas.

Mi interior. Mi gran estante de libros y la escalerilla de mano; mis dos mesas de oloroso cedro; mis viejas y cómodas butacas. Pero sé que mi estancia ha de ser transitoria, y la casa misma me es ajena.\*

Horas después. El piso bajo (puertas abiertas, sesión permanente, desfile de la política, pelea, tumulto, Caballeros de la Orden de la Última Gota de Sangre, como yo les llamo) ha triunfado al fin sobre el piso alto, donde se refugia la fami-

\* Era la casa número 44 en la calle de las Estaciones. De entonces data mi poema "Cena primera de la familia dispersa" (*Huellas*, México, 1923, pp. 136-139), muy corregido ya después de su primera aparición, como sucede con casi todas mis poesías. (*Obra poética*, 1952, pp. 38-42.)

lia. Mis hermanas han bajado. La excitación ha ganado al fin toda la casa.

Todos van llegando, y cada uno cuenta una historia, pero mi padre todavía no regresa. Dicen que la multitud ha sitiado la casa de los manifestantes. En vano he intentado hablarle por teléfono. Logro comunicarme con el presidente De la Barra, y le hago saber lo que me dicen: que al fin los manifestantes han roto el sitio, y se dirigen, en busca de seguridades y garantías, al Castillo de Chapultepec. Se lo aviso para que disponga las medidas de protección. Aunque parezca usado, me tocaba hacerlo: soy el mayor de los varones que han quedado en casa.

Gran movimiento en las habitaciones y en el jardín. En la azotea de enfrente hay hombres armados. Grupos de policía en las esquinas. Yo tengo un puesto fijo, un refugio en el desván, desde donde puedo ver sin ser visto y, si llega el caso, hacer fuego. Tengo cierta experiencia. Esto se ha vuelto una verdadera fortaleza, y no quiero ni que vengan los amigos a saludarme, por el temor de que se queden encerrados en casa. Cada semana, cada domingo, se repiten estas inquietudes, si bien la de hoy es más acentuada.

Mi padre ha llegado al fin. Como está ileso, ya no oigo nada; no quiero saber nada. También he alzado otra fortaleza en mi alma: una fortaleza contra el rencor. Me lo han devuelto. Lo demás, no me importa.

Vuelvo a mi habitación. Todo tiene aquí una luz distinta. Cierro mi puerta; y eso y lo otro y aquello se quedan fuera sin remedio.

Todavía después. Tregua de dos o tres horas en que pueden salir de casa. Es de noche. Hay mucha gente y mucho ruido. Me he acostumbrado a no hacer caso de alarmas. Cuando me dicen que tenga mi arma preparada, me parece que estoy jugando a la guerra.

Abajo, todo es contradicciones. Uno asegura que vienen dos mil hombres. Otro, que doscientos. Pierdo la paciencia y el tiempo, y engaño mi amargura encerrándome a escribir —a escribir por escribir; “como cosa hoba”, decía Santa Teresa.

Son cerca de las diez de la noche, y dos horas y media que nos están diciendo: "¡Que llegan!"

Un rato de conversación con mi madre: buena falta le hace que la distraigan.

*7 de septiembre.*

Entre este peligro, esta presión de sobresaltos, entre estos imperiosos deberes de guardar la casa a mano armada ¡una carta convidándome a ir a Italia! Un sabio, un hispanista de Italia, Farinelli, me escribe desde Hungría, donde ha recibido mi primer libro, *Cuestiones estéticas*. Poco después, Boutroux, el filósofo, me escribiría desde París, preguntándome si alguna vez nos veríamos para discutir juntos sobre los temas de mi libro. ¡Si supieran, si supieran los europeos! Mi emoción es muda. Espero, para contestar, a que pasen los días fatales: el 15 y el 16 de septiembre. Si salgo con vida, les contestaré en qué momentos me han llegado sus cartas.

¿Y si entraran a saco en casa? Veo mis libros y mis papeles dispersos.

¡Y esta jaquera constante, igual! ¡Y el sueño agitado! ¡Y el ruido de anoche, en las caballerizas, que parecía que estaban alzando una pirámide!

¡Ay, viajes a Italia, a Francia! ¡Compañía de sabios europeos!

Apago la luz. Sea lo que ha de ser. ¿Está el rifle junto a la cama? Sin el seguro.

*Noche del 15 de septiembre.*

Estábamos amenazados de muerte. Así se paga el pecado de hacerse amar un día por el pueblo. Hice inventario y memoria de asuntos pendientes, manifestación de últimas voluntades. ¡Qué aguda alegría considerar con desinterés las cosas, eliminando todo apetito personal, prescindiendo completamente del yo! ¡Qué viento fuerte y nutritivo de "aerostación mística"! Mi alegría, mi extraña alegría, sin duda irradiaba de mí. Porque mi esposa, leyendo sobre mi hombro lo que

yo redactaba, también tenía un vago contento. Gustosa cosa llegar a los saldos de las cuentas. La vecindad de la muerte tiene sus encantos, su bienestar.

Cerca de las ocho de la noche. Abajo, los amigos, armados. Se espera eso para después del "grito", después de medianoche. Estoy alegre. Y tal vez no creo en el peligro.

Todas las mujeres de la familia dejan la casa por la tarde: es la "orden general de la plaza". Sólo quedamos aquí los hombres. A mi madre le he confiado mis manuscritos.

*16 de septiembre.*

Anoche dormí mi mejor sueño. No pasó nada. Noche del mismo día. Pasamos el día acuartelados. Sin novedad en la plaza.

Leyendo, y conversando con mi hermano menor, Alejandro, que tiene la virtud de llevarme el genio.

Llueve. Echo ya de menos mis papeles.

Hay mucha gente en casa, pero todos parecen, hoy, tranquilos. Dicen que se abrieron las Cámaras sin escándalo.

Salí a saludar a mi madre. Tenía una alegría —¿cómo lo diré?— de persona avezada: mujer de guerrero al fin.

Recogí mis papeles, y pasé al cuaderno estos apuntes, acaso inútiles.

---

1912-1914

DESPUÉS de leer las páginas anteriores se comprenderá fácilmente mi estado de ánimo por aquellos días. Hay cosas que no me gusta explicar. Harto hago con levantar un poco el velo.

Ya se sabe lo demás. Pasó el tiempo. "Eso" cada vez se puso peor. Nació mi hijo.

Llegó la Navidad de 1912, la rendición de Linares. El pobre oficial de guardia no daba crédito a sus ojos. ¡Había sido "picador" de mi casa, amansador de nuestros caballos en Monterrey! Llorando y casi de rodillas, le pedía a su prisionero voluntario que no se le entregara a él, que se fuera a otra parte.

Lo demás no puedo contarlo, aunque queda en el recuerdo de todos. Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay, desde entonces, una ruina en mi corazón.

¿Podía soportar tanta sangre y tantos errores? Mi dolor fue tan despiadado que ni siquiera quiso ofuscar me. Mi hermano aceptó en mala hora un sitio en el Gobierno, y no pudo emanciparse a tiempo como tanto se lo pedí. También, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, me atreví a pedirle a Enrique González Martínez, y también en vano, que dejara la subsecretaría de la Instrucción Pública (como se llamaba todavía entonces). Yo renuncié a la secretaría de Altos Estudios. Huerta me convidó para ser su secretario particular. Le dije que no era ése mi destino. Mi actitud me hacía indeseable. Me lo manifestó así en Popotla. Adonde me había citado a las 6 de la mañana y donde todo podía pasar. Yo me presenté lleno de recelo y en vez de aquel Huerta campechano y hasta pegajoso (a quien yo me negaba ya a recibir meses antes en el despacho de mi hermano, porque me quitaba el tiempo y me impacientaba con sus frases nunca acabadas), me encontré a un señor solemne, distante y autoritario.

—Así no podemos continuar —me dijo— la actitud que usted ha asumido. . .

Me apresuré a presentar mi tesis para recibir el título de abogado, me dejé nombrar secretario de la Legación en París, y al fin consentí en salir de México, el 10 de agosto de 1913, a las siete de la mañana, por el Ferrocarril Mexicano. Además de mi mujer y mi hijo, me acompañaron hasta el puerto mi madre y el tío Nacho.

Bajo los puentes había piquetes de tropa, precaución contra dinamiteros.

Por la noche, la calurosa Veracruz ardía en fuego vivo. Pero había un aire sustancioso y suave de respirar, que al instante me curó la tos de las mesetas. Sonriendo, recordaba yo las tónicas carcajadas de Antonio Caso, que acahaban siempre en un acceso de tos. Os echaba de menos, amigos míos. Noche de calor. Mi hijo, desnudo, se revuelve, desesperado, en la cama. Descubro que tiene sed, y la criatura bebe sin parar, un buen rato.

Al día siguiente, me di el gustazo de desayunar en los portales de Diligencias. Arroyo, el piloto, es mi viejo amigo. Nos ha oído, y viene a proponerme un paseo en su barca.

Vamos a la isla de Sacrificios.

Vegetación "chaparra"; formación arenosa; calzadas entre árboles de corteza plateada y ramas en forma de parasol. Por el suelo, las hormiguitas arrastran cadáveres de cangrejos. No hay tiempo de ver el Lazareto ni el Faro. Guarda el Lazareto un Felipe Lera, hombre de chupados pómulos, color de nicotina en uña de fumador y zapatos rotos. Es hermano, me dice, de don Carlos Américo Lera, el diplomático autor de la obra *Nacionales por naturalización*. Está poco informado de la vida de éste. Casi no nos deja el calor.

Por la tarde nos instalamos en el "Espagne", que ha atracado lentamente. "Rue de la Havane, Cabina núm. 439-441-443." Dormimos a hordo, para hacernos a la nueva casa.

Al día siguiente —el 12— de agosto de 1913 se hace a la mar el trasatlántico. El mar se enturbia de tierra un instante. En un vaporcito, salen a despedirnos hasta la boca del puerto mi madre, el tío Nacho, el licenciado Serralde, el padre de Carlos Lozano, y Rómulo Lozano, y Rómulo Timperi, mi

que daba unos mordiscos tremendos. Yo me entretenía provocándolo, hasta que el maestro Timperi me llamaba, otra vez, al "plastrón".

Brisa suave y pegajosa. La gente dice:

—Ahí viene Alfonso con su pelele.

Soy yo, que llevo del brazo al alsaciano Schmoll, mi puntilloso alsaciano. Me he propuesto curarle el mareo, y lo consigo, después de pasearlo por todo el vapor, a grandes pasos, durante dos días.

Visitamos la 2ª y la 3ª clases. ¡Oh, América de mis abuelos! ¡Hay todavía criollos con loros! Bajamos a las entrañas del buque: máquinas que escurren aceite negro, marinos peludos, desnudos, sudorosos, dormidos. Damos con la carnicería y vemos destazar los hueyes. Las cosas infunden pavor, vistas por dentro. Se pierde la confianza en el equilibrio del barco, a fuerza de ver jadear sus máquinas. La conciencia es, ante todo, pánico.

El día 14 llegamos a La Habana, donde el vapor tomaba carbón, y bajamos a saludar a los amigos. No encontré a nadie. Max Henríquez Ureña en Santiago. El cónsul Esteva tuvo la bondad de indicarme la casa del ministro Godoy en el Vedado, y éste y su familia nos recibieron con exquisita cortesía en un jardín lleno de brisa.

¿Quién puede olvidar los refrescos de La Habana? ¿Y el Malecón, en puesta de sol? ¡Oh paraíso de color y calor, una vez sentido y siempre evocado! Andamos bajo el fuego de Dios, como beduinos, con la cría a cuestas.

Carlos Lozano se volvía loco, con esos enredos del cambio de monedas. —Yo comprendo —me decía— que me sale a flor lo "Zacatecas".

Al otro día, muy de mañana, vino al barco a saludarme el poeta Chocano.

Poco después, entramos en aquel mar saltón y transparente, ansioso de dejar ver su fondo, con coquetería rayana en impudor. Más tarde, el Atlántico de acero, el mar sólido, gris e igual. Ondas frías de Terranova, y vuelta al calor.

En la cena del capitán, bombones con versitos de sorpresa. No podían ser más oportunos los que nos tocaron a cierta

vecina y a mí. Ella, mujer a quien ya abandonaban la juventud y el marido, y presa del abogado que se ocupaba en desenredar o enredar su caso, leyó su papelito, y decía:

*Amitié, viens à mon secours  
puisqu'il n'est plus temps de l'amour.  
La vie s'écoule, il fait tard,  
et il coûte cher l'avocat bavard.*

Y a mí, que ando desorientado desde que, al pisar el barco, me sentí extranjero y desposeído de los privilegios familiares que he gozado gratuitamente en mi tierra —y me tocó esto:

*Tu n'es pas riche et c'est folie  
de vouloir qu'on te glorifie.*

El domingo 24 arribamos a La Coruña, llena de luces de color; y al día siguiente, Santander nos saludó con fiesta de gaviotas. Los prácticos españoles eran hombres ágiles y flacos, que de un salto escalaban el barco. Al llegar al turbio St. Nazaire, el práctico resultó ser un señor sedentario y gordo, que por poco naufraga con su lanchita al acercarse al "Espagne".

Esa misma tarde llegamos a París. Fuimos a dar a un pobre hotel, en la Rue de Trévise; adonde me mandó Modesto Puigdevall, porque allí trabajaba Miguel, su hermano (Modesto, el que llegó a ser dueño del restaurante *Silvain*, en México, y que había sido criado de mi padre en París).

Caí, abierta la cabeza en pedazos, al recibir el golpe de masa de París.\* Queda constancia de mis primeras impresiones en algunas páginas de *El Cazador* (por ejemplo: "Los ángeles de París", "París cubista", etcétera).

\* En París permanecí desde agosto de 1913 hasta octubre del siguiente año de 1914. Entonces me trasladé a San Sebastián, y de allí a Madrid. El viaje de París a España, en "Rumbo al sur", *Las visperas de España*, Buenos Aires, 1937, pp. 123 a 126. Las siguientes notas completan aquellas páginas.

Para reunirnos con Jesús Acevedo, Ángel Zárraga y yo paramos en Carreteras núm. 45, posada de la Concha, Concha Cabra en recuerdo del Dómine Cabra de Quevedo, según es la apariencia. Nos dan una alcoba interior. La exterior que comunica con ella la ocupa el estudiante "quebrantahuesos", así llamado porque cena pajaritos fritos y deja los huesos sobre la chimenea. Comienza el año escolar, y el quebrantahuesos deja cada día otro libro de texto sobre su mesa. Una mañana aparece junto a la mesa un loro en su estaca.

Acevedo "me esperaba", en toda la profundidad del vocablo. Había suspendido, entretanto, sus emociones. Zárraga se va reintegrando en la vida del café madrileño, esa vida ateniense. A todos les cuenta cómo va a encerrarse en Toledo entre cuatro paredes encaladas, a moler él mismo sus colores y a pintar.

Yo he venido, como Ruiz de Alarcón, a pretender en Corte, a ver si me gano la vida. Mientras me oriento, dejé en San Sebastián a mi mujer, mi niño y mi criada bretona.

Acevedo se va una mañana a Aranjuez. Ángel, una tarde, se va a Toledo. Eduardo Colín, que está en la Legación Mexicana, me lleva esa noche a los barrios bajos, cosa terrible en su mortecina quietud, sus calles de piedra, sus faroles de gas. A medianoche, Teatro Madrileño: público de caras fruncidas en cicatriz, que ruge, soez. Hampa que injuria a las cupletistas. La injuria de la calle de Atocha, como el pitopo de la calle de Alcalá, son amor represado, imaginación turbada.

Por una peseta, salen hasta doce mujeres, una tras otra, o dos a un tiempo en una danza de empujones y obscenidad cruda. Cantan mal, bailan regular. Una, admirablemente. Si Dorian Gray la descubre aquí, se casa con ella. La bailarina se entrega a la danza y no oye al público. Su garganta se martiriza y sus ojos se extravían. Lo demás: camareras escapadas de noche, debutantes pobres, camino del prostíbulo. Saben reír cuando el público las maltrata. Todo, el gusto de Monsieur de Phocas. Quiroz, el pianista, es víctima del público. Una vista cinematográfica es interrumpida a silbidos.

Vuelvo a la posada de Concha Cabra. ¿Es Ángel Zárraga

esa sombra inconsistente de la otra cama? ¡No puede ser! Terror del cuento de Stevenson: ¿será un cadáver?

Enciendo la luz. Es un viejo escuálido y tosijoso, hermano de Concha. Vivimos en pleno *Lazarillo de Tormes*.

Al día siguiente, me mudo a una posada a San Marcos, 30, 2<sup>o</sup> izquierda: Doña Justa. ¿Doña Justa Cabra? Veremos. Aún no he comido. Cuarto esencial, diminuto y limpio. Lo he poblado en un minuto con mi melancolía y mis recuerdos. Mi familia, en San Sebastián, espera que yo me instale y la llame a mi lado.

Tardes del Ateneo. Compañía de geniecillos indiscretos. Amistad naciente de Díez-Canedo, que conoce la literatura mexicana. Él me presenta con Acebal, en La Lectura, para cuya colección de clásicos prepararé un Ruiz de Alarcón. El caballeroso Acebal, mientras nos recibe, apura un vaso de leche. A su lado, otra barba francesa (o mejor del Greco): Juan Ramón Jiménez, sonrosado y nervioso, dueño de raras noticias médicas adquiridas a través de exquisitos males. Me mira con ojos desconfiados y ariscos.\*

8 de octubre.

¡Doña Justa me tiende la cama en persona!

¿Qué estoy leyendo? *La Nation Armée*, de Von der Goltz, traducción de H. Monet, lo único que traje conmigo.

Noche de frío. Me echo la gabardina en la cama. Una madre llora por su hijo que se le muere, y grita toda la noche. Mañana me mudo.

9 de octubre.

Me mudo a la casa inmediata. Posada más cara, pero de mejor aire. Por la tarde, me visita Ventura García Calderón, que está aquí, en la Legación del Perú, y hace tertulia en el Correo con José Francés y Diego San José.

Acompaño a Ventura a casa de Tomás Costa, hermano del

\* Pronto seríamos grandes amigos.

gran Joaquín Costa, que nos recibe con gran prosopopeya y nos muestra la colección de obras de su hermano que está publicando.

Por la noche, llega Acevedo a Aranjuez.

*10 de octubre, 1914.*

¡Gracias, primer noche de reposo!

Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930*, Prólogo de Alicia Reyes, Nota del doctor Alfonso Reyes Mota, Universidad de Guanajuato, México, 1969, pp. 23-40.